

Discurso por FRANCISCO ELIAS DE TEJADA

Hermanos en la Causa, hermanos en la fe y en la esperanza:

No sé con qué palabras empezar después de escuchar las palabras vascas de Antonio de Arrúe en este ambiente donde el corazón se hincha de emociones por la triple gracia del idioma, del paisaje y de la coyuntura.

Porque yo quisiera hablaros en las mismas palabras en que he oído a Arrúe decir la verdad, en esta maravillosa lengua vasca, primogénita entre las lenguas españolas, regalo de los siglos, tesoro de un pueblo, tradición viva, la que en la leyenda erudita del barroco trajo el mismo patriarca Túbal para que sus ecos sigan repitiendo al rodar por estos valles libres las palabras eternas de la libertad euskara. Dichas por Arrúe tiene sabor de mito y nostalgias de leyenda. Y él al decirlas es la estampa rediviva de un viejo bardo de los que iban por es-

Francisco Elías de Tejada

tas montañas repitiendo los decires memorables de los abuelos, y un jaun de los que convocaban las huestes de los hidalgos que acudían a defender en los campos de batallas las causas justas que solamente los hidalgos saben defender hasta la muerte.

Y porque en este paisaje está Zumalacarregui íntegro, desde el Ormaiztegui que le sirvió de cuna, a la Segura que fué timbre de sus victorias mejores y a la de Cegama que es el relicario sagrado de sus huesos. Desde aquí se le contempla con los ojos del ensueño señor de la victoria, héroe permanente del carlismo, príncipe mayor de la historia guipuzcoana, imagen viva de lo que para todos nosotros es el ideal de la lealtad del caballero.

Y porque en esta coyuntura me es posible hablaros serenamente de corazón a corazón, a mí que vengo del otro extremo de las Españas andaluzas, pero que amo a Euskal-Erria con amor de enamorado. Quizás más fino, por la perspectiva de la lejanía, que ese otro filial que vosotros le tenéis. Porque para mí venir aquí no es venir a definir, ni a enseñar, sino a aprender. Que no en balde un historiador del siglo XVIII, aquel Joaquín José de Landazuri que parece quiso ser el inconsciente testamento de vuestras libertades cuando ya las batían los vientos europeizadores de Godoy y cuando iba a barrerlas la fronda liberal de Espartero, nos dejó la bárbara pero donosa etimología de que Guipúzcoa es «Egi-putzco», esto es un pedazo de verdad. Aunque para mí no es un pedazo. Es la verdad entera de las Españas; y cuando os veo aquí yo no soy más que un aprendiz de españolismo que vengo aquí para saber lo que de verdad las Españas son.

Para proceder con orden hoy yo quisiera señalaros: primero, el por qué del carlismo de Zumalacarregui; segundo, cuáles eran aquéllos que han

Memoria de Zumalacarregui

querido desvirtuar o destruir los ideales por los que Zumalacarregui luchó; y tercero, cuál es el valor de la bandera de Zumalacarregui en los días en que vivimos.

¿Cuál fué el lema por el que Zumalacarregui vertió su sangre? Esto equivale a preguntarnos: ¿por qué Zumalacarregui era carlista? Y la respuesta es: Cuando al borde del 1500 se produce en Occidente la ruptura del orden jerárquico cristiano que la Edad Media había vivido, un grupo de pueblos, capitaneados por los señores de Guipúzcoa que eran reyes de Castilla, echó sobre sus hombros la empresa fantástica de defender a la Cristiandad que moría frente a la Europa que llegaba. Fué una épica gigantesca, cuales gigantes fueran las hazañas de nuestros mayores con las espadas y con las plumas; y para estar en forma en la empresa anti-europea, en muchos pueblos de las Españas hubieron de ser sacrificados sensibles principios de libertad en el gobierno interior, porque el estado de guerra permanente requerido por la defensa de los más altos ideales de la Cristiandad exigía subordinarlo todo a la eficacia de la guerra contra Europa. Con ello fueron perdiendo vigor muchas de las instituciones de la libertad tradicional en Aragón como en Castilla; y para colmo de males cuando en 1700 se sienta en el trono de las Españas la nueva dinastía de la casa de Borbón, hecho que significa nuestra derrota frente a Europa y como el agotamiento nos impedía seguir luchando por los grandes ideales de la Cristiandad por los que lucharan Carlos V y Felipe II, la nueva dinastía nos trajo en lugar del restablecimiento de las viejas libertades, ya posibles por haber desaparecido las exigencias superiores de la empresa antieuropea, el remedo de las instituciones absolutistas con la que la Europa de Luis XIV nos había vencido. Y por ello en vez de asistir al restablecimiento de las libertades

Francisco Elías de Tejada

tellanas y a su extensión a los reinos españoles del hemisferio americano, contemplamos el triste espectáculo del aniquilamiento de las libertades catalanas y caímos en el abismo de copiar a la Europa absolutista del siglo XVIII.

De aquel aniquilamiento de los ideales de las Españas heroicas que trajo consigo la europeización absolutista implantada por Felipe V, sólo se salvaron los pueblos vascos, y entre ellos Guipúzcoa. Mientras el resto de las Españas caía en la europeización absolutista, Guipúzcoa era libre y se guía gozando de sus fueros generosos, mimada por los reyes de Castilla que eran señores de Guipúzcoa. Hasta que Espartero lo suprime en 1841, vigía en Guipúzcoa la máxima garantía de vuestras libertades, el pase foral para las leyes dictadas por los reyes, desde que Enrique IV lo reconoció el 27 de noviembre de 1473. Todos parecían seguir la pauta de afectos dictada por Fernando el Católico cuando escribía el 18 de junio de 1476 a sus leales guipuzcoanos ser su intención «non vos agrabiar en cosa ninguna salvo guardarvos en toda via fidalguia e libertad como a mis buenos e leales fidalgos vasallos e vos entiendo gratificar en gracias e mercedes e libertades sobre las que tenedes, porque de esa provincia tengo mas cargo que de otras provincias nin lugares de mis reinos». Es la misma atención con que mira Felipe II las cosas guipuzcoanas cuando en 1589 impone la obligatoriedad del juicio de residencia a los corregidores, el 24 de agosto de 1560 confirma no cobrará en la provincia más tributos que el de las alcabalas y el 16 de septiembre de 1597 reconocía la exención militar llamando a los guipuzcoanos a la guerra «por vía de aviso y de adelantamiento y no de orden». No de otra manera tampoco, ya en los momentos más duros del siglo XVII, Felipe IV hace abolir el 31 de marzo de 1634 el estanco de la sal introducido en 1631; en

Memoria de Zumalacarregui

1640 anula el adelantamiento otorgado al conde duque de Olivares; y en 26 de julio de 1647 ordena la voluntariedad de las levas de marineros por «el amor y celo con que dicha provincia se desvela en mi servicio».

Era la más noble de las pugnas entre el rey y su pueblo de Guipúzcoa: la pugna de las generosidades. Por eso, siendo la ordenación política de Guipúzcoa auténticamente libre por ser auténticamente tradicional, fué carlista en la coyuntura del siglo XIX. Es que Guipúzcoa conocía en qué consiste la verdadera libertad política y no se dejaba engañar por las libertades mentidas de la revolución francesa. Mientras el hombre de Madrid o de Sevilla tenía en 1812 que elegir entre la libertad abstracta de la revolución y el absolutismo de los reyes, el hombre de Guipúzcoa, que no había perdido el sabroso goce del uso de sus fueros y sabía en consecuencia en qué consiste la verdadera libertad política, tenía por término de elección la libertad abstracta de la revolución frente a las libertades concretas de la tradición. Engañados por la ignorancia de las verdaderas libertades políticas las gentes de Madrid o de Sevilla optaron por la libertad revolucionaria; concededores de las libertades políticas, las gentes de Guipúzcoa no se dejaron seducir por la sirena de las mentirosas libertades nuevas y eligieron la libertad verdadera de sus fueros. Por eso Guipúzcoa fué carlista y por eso fué carlista Zumalacarregui: porque sabían dónde estaba la verdadera libertad política.

Contra estos ideales del carlista Tomás de Zumalacarregui se han levantado dos enemigos: el canovismo liberal y el nacionalismo.

Yo sé que se habla hoy de un retorno al canovismo liberal que vuelva a armonizar la verdad con la mentira en otro ensayo paralelo al que realizó

Francisco Elías de Tejada

Cánovas del Castillo. Pero sé también que vosotros no escucharéis esas palabras falsas, porque vosotros sois un pueblo de hidalgos y un hidalgo no puede besar la mano de sus verdugos; y ¿qué fué Cánovas sino el verdugo que asesinó las libertades de Guipúzcoa?

Otro enemigo fué el nacionalismo, a quien hay que reconocer el acierto de haber proclamado la unidad externa de los destinos de los seis pueblos de Euskal-Erria; pero que cometió el error filosófico de confundir al nacionalismo con el tradicionalismo y el error histórico de ignorar la historia vasca.

Filosóficamente los nacionalistas son unos retrógrados, unos trasnochados, porque el nacionalismo no es más que la aplicación al campo del derecho político de la concepción positivista del mundo y de la historia; es definir a los hombres por el color de la piel o por la estructura de la sangre, por el monte o por el río; y desde Dilthey acá la misma filosofía europea ha venido a reconocer una verdad que los tradicionalistas teníamos de siglos más que sabida: la de que el hombre es un ser histórico; la de que la que nos define es la historia, la de que somos lo que somos merced a la tradición que sobre nuestros hombros pesa, la de que somos lo que somos porque incorporamos una historia viva, la de que el hombre es tradicionalista si quiere sencillamente ser hombre.

Por lo que toca a la interpretación de la historia de Guipúzcoa los nacionalistas cometieron tres errores fundamentales: disociar al carlismo de las libertades vascas, suprimir la realidad histórica de Guipúzcoa y contraponer Guipúzcoa al resto de los pueblos españoles.

Cuando todo ello era pura falsedad. Porque la unión entrañable de los fueros guipuzcoanos con la

Memoria de Zumalacarregui

causa carlista fué la reacción natural de un pueblo español contra la extranjerización liberal; que antes del planteamiento de la cuestión dinástica, desde su cuartel general de Tolosa, el 30 de noviembre de 1833 el general isabelino Castañón daba un bando suprimiendo la fueros de Guipúzcoa.

El segundo error nacionalista fué olvidar que si bien las suertes de Guipúzcoa han corrido siempre paralelas a la de sus otros hermanos vascos, fué la provincia un cuerpo político con personalidad aparte. Los doce cañones de vuestro escudo recuerdan la victoria de Belate sobre vuestros hermanos navarros; y nada menos que el padre Manuel de Larra-mendi compuso en 1754 uno de los libros más famosos de vuestra literatura, la *Corografía de Guipúzcoa*, para protestar contra el hecho de que desde fuera se os confundiese con los vizcaínos.

Finalmente fué error gravísimo contraponer Guipúzcoa a Castilla, siendo así que Castilla es la heredera directa de las maneras políticas vascas. Porque así como Asturias y León significan la reconquista de sello toledano y la continuidad de las temáticas políticas visigóticas, Castilla es la reconquista al estilo vasco hecha por gentes que frente a León no quieren saber del *Fuero juzgo* para juzgarse por sus «fazañas» iguales a los usos consuetudinarios vuestros, que hablan un idioma donde perdura la jota vasca y ha desaparecido la efe de las bocas toledanas, y donde los jueces son el retrato fiel de los señores que regían vuestros valles.

Mucho más que no hay una gloria de Guipúzcoa que no sea también una gloria española. Mientras los vascos de ultra-Pirineos, oprimidos por Francia, no han pesado nada en los destinos franceses, vosotros os nimbásteis de gloria sirviendo a vuestros reyes españoles. Apenas tuvo lugar la unión volun-

Francisco Elías de Tejada

taria con Castilla y ya en 1227 milicias guipuzcoanas y alavesas caían sobre Baeza para clavar en ella la cruz de Cristo. ¿Y no eran guipuzcoanas las huestes que acaudilló don Beltrán Vélez Ladrón de Guevara sobre Algeciras en 1444? ¿No acudisteis dos mil a Toro al lado de vuestros reyes en 1476, mientras Juan López de Lazcano y Juan Gamboa se unían en el servicio real para defender a Fuenterrabía dando por enterradas en la gloria de las Españas grandes las minúsculas y sangrientas enemistades de gamboinos y oñacinos? ¿Y no fué universal por española aquella tercera década del siglo XVI, la más brillante de la historia de Guipúzcoa, cuando Juan Sebastián Elcano redondeaba guipuzcoana y españolescamente al mundo, mientras Juan de Urbieto humillaba la soberbia de Francisco I de Francia delante de los muros de Pavía y Martín de Rentería derrotaba hasta diecisiete naves de Barbarroja con sólo su galeón en aguas ibicencas, trocando espumas de sangre el nombre casi vasco de la isla de Ibiza? ¿No servían a su rey las mesnadas de Juan de Vega y Sancho de Leiba en 1542 en San Juan de Luz, tal como le sirvieron los doscientos treinta paladines que dos generaciones anteriores Diego de Figueredo había conducido al asalto de Granada? ¿No eran españoles de alma nobilísima aquel Juan de Isasti, de Rentería, que hincó el pendón real sobre las murallas de Bujía delante de los ojos de Carlos V, o aquel Tristán de Ugarte, de Oyarzun, que coronó el primero la Goleta tunecina en la presencia de don Juan de Austria? En las Gravelinas como en Portugal, en todos los campos de batalla de las Españas, Guipúzcoa selló su pacto de sangre para ser eternamente española. En las mismas horas de la decadencia, ¿no estuvo en 1638 firme en Fuenterrabía o en 1703 en Cartagena de Indias para manifiesto de su decidida hermandad española, tan honda que era la hermandad suprema de la alegría y

Memoria de Zumalacarregui

de la tristeza, de la victoria y de la derrota, de la verdad y de la esperanza, del amor y de la muerte?

Frente al canovismo y al nacionalismo seamos fieles a los huesos sagrados de Zumalacarregui y aquí, a la vera de ellos juremos fidelidad a los ideales que él sirvió. Como en el viejo refrán de Esteban de Garibay, juremos ser lo que somos: «Garean, gareana legez». Recojamos del nacionalismo el impulso a la unidad vasca y recabemos el españolismo de las dos tribus que Francia domina de Lapurde y de Zuberoa, y de ese pedazo de tierra navarra que es la sexta merindad de Ultrapuertos. Exijamos el retorno de las sagradas libertades concretas de los fueros, cauce del quehacer individual y barreras contra los abusos. Sirvamos a Dios, a la Patria y al Rey con la lealtad con que Zumalacarregui los sirvió. Y que podamos decir a nuestros hijos somos la generación que reconstruyó las libertades de Guipúzcoa, que restauró las Españas y que forjó la unidad de Euskal-Erria librándola de la opresión francesa.

Esa es nuestra bandera, la bandera de Tomás de Zumalacarregui, la bandera eterna de los hidalgos del solar de Guipúzcoa. Por Dios, por la Patria y por el Rey murió Zumalacarregui; por Dios, por la Patria y por el Rey lucharon nuestros padres; por Dios, por la Patria y por el Rey lucharemos nosotros también.